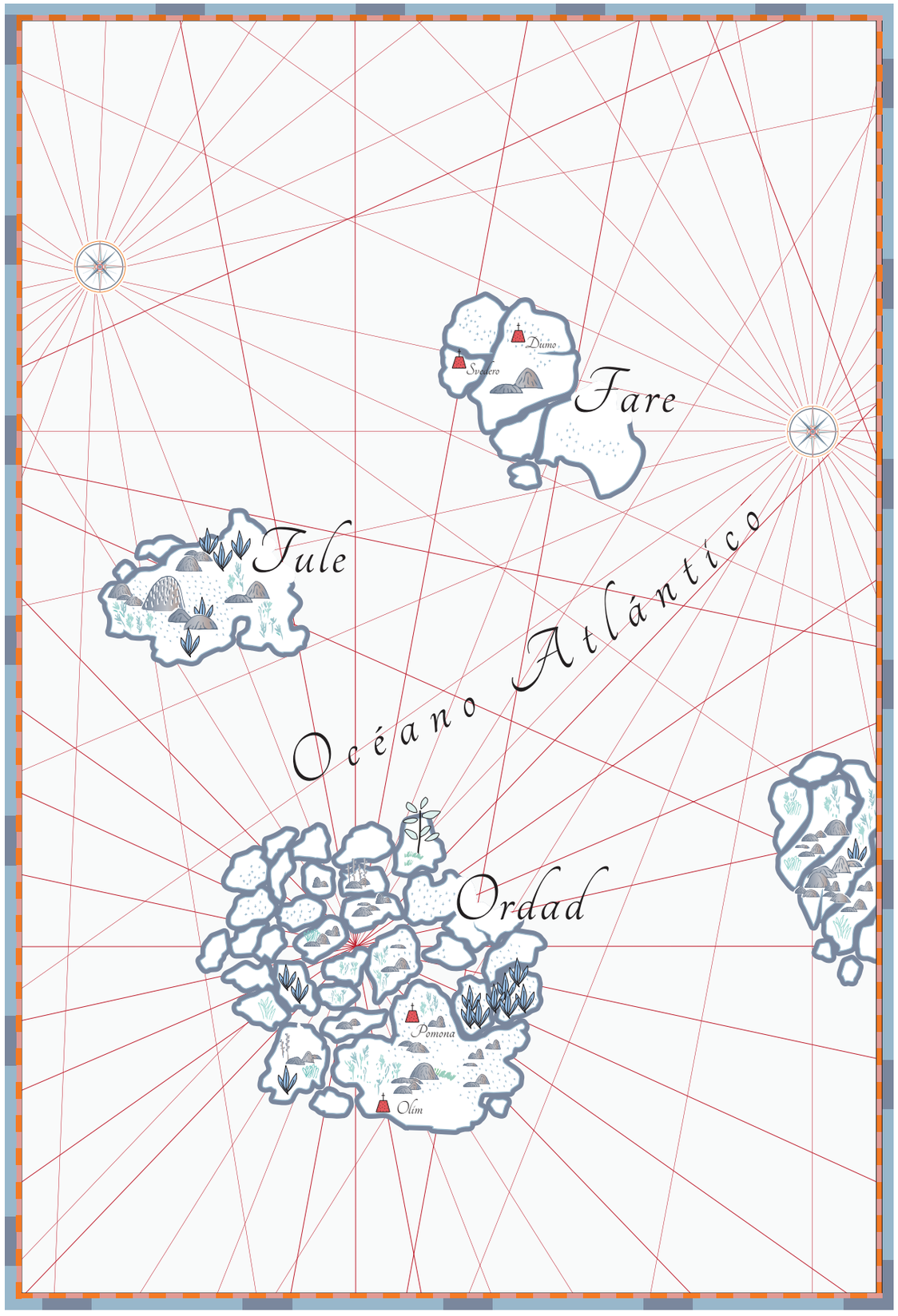
TULE

El país de nunca jamás

PITEAS NO CREÍA LO QUE VEÍA. La isla que aparecía frente a él no se asemejaba a ninguna naturaleza conocida. La llamó Tule. El paisaje, indefinible, parecía oscilar entre los mundos líquidos y sólidos. Sumida en una bruma gélida, la isla de Tule no tenía nada en común con lo que los exploradores habían podido conocer en el mundo mediterráneo.

Él, que había embarcado en Massalia, la actual Marsella, a bordo del frágil *Kytéria,* para explorar océanos del septentrión, había descubierto ya más de lo necesario para revolucionar los conocimientos de su época. Había cruzado las columnas de Hércules, que en la Antigüedad eran consideradas ya como las puertas de la civilización. Había navegado hacia el norte, pasando frente al estuario de la Gironda. Fascinado, había descubierto el mecanismo de las mareas, que asoció rápidamente al ciclo lunar. Pasada la isla de Ouessant, realizó una medición sorprendentemente exacta de las costas de la actual Inglaterra. Sus cálculos, elaborados hace unos 2300 años, son de una precisión extraordinaria.

Sin embargo, fue seis días después de haber dejado las costas británicas rumbo al norte cuando descubrió la famosa isla. Los días y las noches estaban como difuminados: el sol describía una discreta sinusoide a ras de tierra. Piteas, una brillante mente científica, fue el primero que dio una explicación al sol de medianoche.

En su obra *Del Océano,* describió aquella sorprendente isla que se le apareció, según palabras de Estrabón, como un «pulmón marino». Ni tierra ni océano. Bañada por aquel sol que parecía no querer elevarse sobre el horizonte, la isla de Tule definió una nueva frontera del mundo visible.

Los comentaristas griegos de Piteas fueron implacables. Para muchos de ellos, no era más que un fabulador; ni Estrabón ni Polibio le dieron crédito. Y es que los mares septentrionales eran poco conocidos en la Antigüedad. En el s. II a.C., Tolomeo e Hiparco se perdie-